

NOVELA

COMO SI NOS TUVIERAN MIEDO

JUAN CARLOS CORTÁZAR

EN LA LISTA DEL
ESCUADRON
DE LA MUERTE

Tarapoto
de grupo

MRTA incursiona en nueva



como si nos tuvieran miedo

COMO SI NOS
TUVIERAN MIEDO

Juan Carlos Cortázar



ANIMAL
DE INVIERNO

Como si nos tuvieran miedo

Primera edición, diciembre de 2020

© 2020, Juan Carlos Cortázar

© 2020, Estación La Cultura S.A.C.

Para su sello Animal de invierno

Av. Fray Luis de León 391, San Borja

info@estacionlacultura.pe

Telf.: (511) 777 2642

Dirección editorial: Luis Zúñiga

Diseño de portada y diagramación: Carlos Yáñez Gil

Ilustración de portada: "La Mary Anito", de Javi Vargas Sotomayor

Prensa y comunicaciones: Diego Bardález

Tiraje: 500 ejemplares

Impreso en Perú

Diciembre 2020

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2020-08967

ISBN: 978-612-4406-08-9

Impreso en Aleph Impresiones S.R.L., ubicado en Jr. Risso 580, Lince

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción y distribución total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, fotocopiado u otro; sin la autorización escrita de los editores, bajo las sanciones establecidas por la ley.

En memoria de Fransuá, Ramiro Sánchez, César Marcelino Carbajal,
Max Pérez Velásquez, Luis Mogollón, Alberto Chong Rojas, Rafael
González, Carlos Piedra, Raúl Chumbe Rodríguez y Jhony Achuy,
asesinados por el MRTA en Tarapoto el año 1989, y en la de todes
les trans, homosexuales y lesbianas que fueron víctimas de la
violencia política y estatal en el Perú de los años ochenta y noventa.

En memoria de Alejandro Moncada, guía y amigo, por el inmenso
mundo que me mostró.

En memoria de Gio Infante, amigo, activista, marica querida.
Por todo lo que le debemos.

Flaco, mojado, reducido, revelando la verdad de su estructura mezquina, de sus huesos enclenques como la revela un pájaro al que se despluma para echarlo a la olla. Tiritando junto a la cocina envuelto en la manta que alguien le había prestado.

—¿Tienes frío?

—Son tan pesados...

—Brutos

—A mí no me importa. Estoy acostumbrada. No sé por qué siempre me hacen esto o algo parecido cuando bailo, es como si me tuvieran miedo, no sé por qué, siendo que saben que una es loca.

(José Donoso, *El lugar sin límites*)

I. MECHEROS

El cerro, las luces en perfecto orden, esparcidas sobre la extensión silenciosa e inabarcable de su ladera, más allá del basural y del río. Los ojos de todos en Melgar, fijos, llenándose de brillos que reflejan los diminutos fuegos que allá, a la distancia, titilan y dan vida a la inmensa curva de la hoz, brillante y perfecta, al martillo que de un golpe la atraviesa justo al medio. Decenas, cientos de mecheros, latas no muy grandes rellenas de querosén y con un trapo como mecha; el remolino negro y el olor que deben estar botando, parecido al de las molotov de los ataques a comisarías y ministerios. Pero a los que viven en Melgar no les llega el humo, tampoco el sabor metálico de la ceniza: la intensidad de los cientos de lucecitas, esa es la que los hace asomarse a ventanas y azoteas con el fluir pedregoso del río como único rumor de fondo, reunirse en las esquinas o en el medio del terral, y poco a poco se llaman a gritos y salen desde el fondo de sus casas, se preguntan por ese destello que los achica, por los cientos de mecheros que a la distancia respiran fundidos en un mismo ritmo, serenos y silenciosos, como si estuvieran al tanto de la hostilidad que anuncian.

La hoz y el martillo frente a Melgar, frente al Callao, a Lima entera. Sobre la oscuridad de la noche y del cerro, la señal parece flotar como los aparecidos que, diáfanos, brotan ante ojos enmudecidos que miran sin poder hacer nada. Y entre tantos ojos ahí en Melgar, los de ellas, tomadas del brazo al pie de la puerta de la peluquería. Imaginar cuanta gente tiene que haber estado metida en eso: repartir cientos de latitas y hacerlo rápido apenas oscureció, que se encendieran todas segundos después del apagón, la inmensa curva escupiendo su forma ante todos. Angie, sin apartar la vista del cerro, voltea hacia

Miluska. Como un golpe en la cara es, la escucha decir en voz baja, y de inmediato: tantos serán ya —se le deben estar apretando los huevos, piensa Angie al ver el gesto de su amiga—, aquí también, tantos. Y ella, Angie, frente a las lucecitas acunadas por la ventisca permanente que peina los cerros: un nacimiento, eso parece, dice recordando los que veía cuando, de la mano de su madre, iba por los caminos de tierra roja que se le pegoteaba a sus zapatillas, desde la chacra de su familia hasta Tarapoto para visitar la iglesia de la plaza en Nochebuena. Lucecitas tenues, palpitantes, que iluminaban cerros y grutas de tecnopor, a los pastores, la carita del Niño Dios también. Qué va ser un nacimiento, contesta Miluska, la mirada de reojo, despreciativa. El Partido es, agrega. Sendero o los del Marta, desliza Angie. Aquí no hay MRTA, responde Miluska marcando las sílabas, el Partido ha sido, añade, los del MRTA no van a poner hoz y martillo y, además, muy finos, muy delicaditos son para treparse al cerro así, de noche.

Una de las señoras que vende pancita y anticuchos en el paradero de la 45, desde allá ha venido empujando el carrito, ollas y parrillas haciendo equilibrio en medio de la carne y la menudencia; la mujer deja de mirar hacia el cerro y, con todo su cuerpo, empuja y reinicia su camino para atravesar el terral a oscuras, apurada, sin volverse a mirar atrás. La gente dice cosas en voz baja, niegan con la cabeza y sin esperar a ver qué pasa con el mensaje sobre el cerro, vuelven a sus casas. Las llaves giran intentando asegurar puertas, alguna que otra cara asoma todavía por las ventanas antes de juntar cortinas y, de golpe, cerrar pestillos y ajustar trabas.

Metámonos ya, propone Angie y abre la puerta de la peluquería con las manos extendidas, atenta a no estropear ninguna de las uñas que pintó recién, esa misma tarde. Repleto de milicos va a estar esto en un ratito, dice mirando hacia el terral y luego en dirección a Progreso, y entonces las velas de las casas vecinas, en cada puerta o ventana al menos una, luces que asoman con inocencia, con esa timidez que de nuevo la hace resbalar hacia nochebuenas y niños manuelitos. Sí, acepta Miluska, mejor guardarnos ya; ojalá no vengan a

rompernos la puerta no más. Entra detrás de su amiga y con un par de empujones violentos del hombro, comienza a acomodar la puerta —un rectángulo descuadrado, igual que la mitad o más de las puertas de Melgar: los muchos borcegués que las han pateado—, se esfuerza por encajarla dentro de su marco. Angie sabe bien lo que viene ahora: Miluska reuniendo mantas para pasar la noche arriba, en la azotea, sola y mal envuelta entre frazadas y costales, atenta por si viene la tropa —policías ojalá, los marinos son mucho peor—, lista para saltar a un techo vecino, bajar al patio que tenga a mano y esconderse en cualquier cocina, bajo una cama, mantenerse en movimiento para no tener que responder preguntas, para que no le exijan el documento que hace mucho no tiene, para que —la probabilidad siempre está, nunca se sabe— nadie la reconozca.

Con una de las velas en la mano, Angie camina hacia el cuarto del fondo. Al pasar frente al baño, el espejo le devuelve el halo que la luz de vela produce en su cabello, ese peinado que cada mañana se empeña en erigir y que todos —Miluska también, a ratos hasta de manera cruel— le critican por fuera de moda. En la habitación toma dos mantas y las deja dobladas sobre la cama de Miluska; en un rato más vendrá para llevárselas arriba. Se sienta frente al pequeño tocador y, mientras sus manos desprenden de memoria las horquillas que aferró a su cabeza por la mañana, siente los empujones con los que Miluska termina de cerrar la puerta: de fierro te dije que la hiciéramos, de fierro no la rompían ni a culatazos, la escucha rezongar cuando las primeras hebras de cabello comienzan a caerle a los lados.

Toca ir donde el Chepenano, dice Angie. Modula el timbre agudo, nasal, de su voz, lo calcula de modo que suene a inofensiva sugerencia, como si ella sólo estuviera preguntando; y el volumen, apenas el necesario para que sus palabras sobrevuelen la confusión de voces, ruidos y música que arroja el televisor. Miluska, sus manos afanadas con tijera y peine —hay que comprar una máquina, ni cinco minutos demoraríamos en desplumar a estos, ha insistido tantas veces—, resopla sobre la cabeza del muchacho que está rapando y se encoge de hombros: yo no voy a ir, anuncia tajante. Angie alza las cejas —el Chepenano, viejo de mierda: sus labios vidriosos moviéndose lento como los de una vaca, su aliento a pozo podrido y esas manos, rápidas, huesudas como un garfio, cuando va siempre tiene que estar atenta a ellas, a sus avances—, sin responder da vueltas alrededor de la mujer que atiende. Es una clienta nueva, de Melgar Alto, según dijo al llegar, hacía muy poco que se había mudado. Las raíces de su cabello, Angie las observa con detenimiento, hebras que han nacido ignorando el teñido que la mujer debe haberse hecho un mes atrás. Porque le queda más cerca de su trabajo, si será por eso que ha venido a vivir a Melgar, o porque la dejó el marido y tuvo que buscarse algo más barato con los hijos, esos que a lo mejor tiene. Treinta o treinta y uno, dos o tres años más que ella, calcula Angie, y no, esa mujer —su manera de vestir, el brillo de sus ojos, la piel—, esa mujer definitivamente no es una *desplazada*. Angie hace sonar las pulseras metálicas de su muñeca, alza la mano hacia el estante donde están los frascos de fijador: si será de las que creen que ahí, abajo, que todos son terrucos o familiares de terrucos, se pregunta mientras

la mano elige uno de los frascos. Tal vez crea eso o, a lo mejor, preocupada por su vida, por la separación si es que la ha habido y por criar a sus hijos, con todo eso encima tal vez ni tiempo tenga para pensar nada sobre Melgar Bajo. Hace sonar de nuevo sus pulseras y mantiene los ojos sobre la etiqueta del fijador: ya, dice sin voltear hacia Miluska, ya sé que no quieres ir, pero la vez pasada fui yo, y la anterior también, calladita, sin protestar, y extiende las sílabas finales de cada palabra como si intentara cantarlas, como si de una buena noticia se tratara. El muchacho que Miluska está rapando, de reajo nomás mira a las dos. La clienta no se mete, pero le clava una mirada de cejas apretadas a Miluska, y Angie sabe lo que está pensando, lo que está sintiendo al quedarse así, en vilo, los ojos sobre su amiga, preguntándose por esos hombros cuadrados de los que cuelgan brazos de estibador casi, más marrones que el resto del cuerpo, o por las piernas que el vestido recto hasta la rodilla no alcanza a cubrir —tápate esas piernas de Cholo Sotil que tienes, le ha insistido ella tantas veces, vestido hasta el tobillo tienes que usar—, y la quijada angulosa, tirada hacia adelante, como si estuviera siempre lista a saltar al ataque, a los golpes.

La vez pasada fui yo, repite Angie pero no espera respuesta. Como siempre, será ella quien terminará yendo, lo sabe. Miluska sale lo menos posible de la peluquería, apenas al mercado algunas veces; ella le dice que ya, que no exagere, que cuando hay redada, en fin, pero cuidarse así todo el tiempo, tanto. Miluska nunca contesta, la mira nomás; si también desconfiará de ella, a pesar del tiempo viviendo juntas y del negocio compartido, porque el recelo, la sospecha, esa es una sensación dura que Miluska tiene metida bien dentro. La verdad es que ella, Angie, tampoco quiere ir, por lo desagradable que es ver al Chepenano, claro, pero también porque caminar hasta donde él vive es un problema. Las plataformas que usa a diario son bonitas, le encantan, por eso se las pone siempre, y con tantos años sobre ellas —¿cuándo comenzó?, cuando abrió su salón en Tarapoto, no, no se acuerda de haber estado sobre plataformas la

noche en que, con gran fiesta, lo inauguró; fue después, un tiempo después—, con el uso ha llegado a dominarlas bien, pero una caminata larga por las calles de tierra —sólo Progreso está asfaltada—, a veces tropieza en los desniveles y hace el ridículo. Además, se le ensucian los pies y por eso, cuando va al mercado o visita a sus amigas de los laberintos, para eso prefiere ponerse zapatillas, pero a donde el Chepenano no, ni muerta le va a dar el gusto de que la vea con algo tan poco femenino. No es que el Chepenano viva muy lejos, podría ir por la ruta corta, atravesar el terral frente a la peluquería y en diagonal hasta la esquina de la iglesia, luego a la derecha y desde ahí todo recto pasando frente a la casa de los padres, frente al muro cubierto de grafitis de la cancha, y llegar directo hasta la cortada, hasta esa punta de triángulo que divide la calle en dos. Ahí nomás vive el Chepenano. Pero por ese camino podría tener mala suerte. Seguro encontraría chibolos jugando pelota en el terral, apenas ocho o diez años los pendejitos, caras llenas de mocos y la ropa sucia; con una sonrisa babosa y complicada la mirarían, tanteando el terreno hasta que alguno, así como quien arriesga un tiro a ver si por suerte da al blanco, alguno habría que se atreviera a gritar ¡cabro! o ¡puta! o ¡traca concha tu madre!; sí, uno de los chiquillos que se decidiera y a la corrida, por detrás, le metiera mano. Eso ya le ha pasado. Y al otro lado de la calle, en los laberintos, ahí ni las putas ni las travestis la molestarían —la mayor parte son sus amigas—, pero siempre es posible cruzarse con el padre Beto justo saliendo o entrando de su casa y, entonces, la mirada del padre, un punto incierto entre la censura y la sorpresa. Claro que también podría toparse con el hermano Alejandro, y con él si todo está bien; venga a cortarse esas mechas de resorte que tiene, le diría, y el hermano que sí, que ya pronto. Y unos pasos más allá de la casa de los padres, al lado de la reja de la cancha y tomando cerveza luego del partido de la tarde, alguno de esos tipos sudados y barrigones podría silbar a su paso e invitarla con doble intención, decirle señorita, convidarle trago y después, la calentura salpicada de cerveza y baba, tratarla de puta travesti —tu

cosa, ¿dónde escondiste tu cosa?—, hasta decirle camiona si estuvieran muy ebrios o demasiado frustrados y casi siempre, al final, los insultos en ese quechua arrastrado y cortante que ella no entiende.

No, por ese camino, aunque es el más corto, por ese no piensa ir. Aunque sale más largo, no se meterá por el terral sino que irá hacia la derecha, hacia la Avenida Progreso, caminará la cuadra completa para justo en la esquina del quiosco de periódicos doblar y subir derecho por la Avenida, mirando las casas con segundo piso en construcción o ya terminado, inmersa en la bulla de los mototaxis, de las combis que gracias al asfaltado suben por Progreso hasta Melgar Alto. Unas cuadras más arriba pasará entre las dos manzanas del mercado, y entonces esquivar a la vieja del puesto de pollo, es evangélica —perdición, plaga de Babilonia, cosas así le grita plantándose frente a ella—, pero si hay mucha gente no pasará nada: la vieja no va a perder plata por acosarla, no le da para tanto la religión. Y ya que tiene que atravesar por el mercado, de paso comprarse un helado de agua, sí, el día está caluroso y el cielo algo despejado, nada como el azul firme y las nubes gordas de Tarapoto, pero algo de sol ha salido entre esas nubes debiluchas que, tan cerca al mar, apenas una telita rala parecen. Claro que, pensándolo bien, podría hacer algo todavía mejor: comprar dos helados y meterse por detrás del mercado hasta la casa de Muñeco, invitarle uno. Muñeco estará en la puerta de la casa de sus padres, sin camiseta, siempre está así por las mañanas, en shorts nada más: puro ejercicio hace, a la Escuela de la Policía quiere entrar. Angie no entiende por qué quiere ser policía, como si su familia no hubiera venido huyendo también, como si no tuviera hermano. Pero ahí, con el pecho de Muñeco agitado por el ejercicio, preguntándose cómo reaccionaría él si, al descuido nomás, si sus uñas pintadas se hicieran las locas cayendo sobre su pierna y entonces, si Muñeco no se corre, si no la manda a la mierda, entonces lo de ser policía no será ya una preocupación urgente para ella, cada uno concentrado en lamer su chupete. Ella sonreirá (*no has adivinado el secreto que oculta esta sonrisa*: esa sería la melodía en su cabeza, sostenida por la voz de la Negra,

esa voz que desde que era un niño le ha hecho siempre sentirlo todo tan a fondo), sonreirá con timidez, como una nena. Lo malo es que pese a la alegría del ratito al lado de Muñeco, al final tendrá que despedirse, dejarlo con sus ejercicios e ir hasta la cortada a verle la cara al Chepenano: las salpicaduras de baba cuando acerca la cara, que no le llegue directo el aliento, ojalá, estarse atenta previniendo sus manos huesudas, aguantarse la mirada de ganas y desprecio, esa actitud de creerse —de saberse— con poder sobre ellas.

¿Puedes cambiar al Cinco? —Angie se queda inmóvil, como si no entendiera la pregunta de la clienta—, repiten *La reina de la chatarra*, explica la mujer, me perdí el capítulo de anoche. Angie se acerca hasta la esquina donde está el televisor, montado sobre una repisa alta que más parece destinada a sostener una virgen o un santo. Alza la mano —las pulseras de nuevo— y manipula los botones. Con su talla más las enormes plataformas no tiene problema en alcanzar la antena y moverla hasta que la imagen queda más o menos sintonizada: trompetas, la samba con la que comienza la telenovela, un par de negros delgaditos y coquetos bailando con una muñeca de hojalata. A mí la única novela que me ha impactado de verdad, así, al corazón, ha sido *Regresa*, dice Angie con ganas de comenzar una conversación. Cualquier cosa sobre tu *Negra de Oro* te parece genial, interviene Miluska. La clienta pide silencio: en la pantalla Edu y Maria do Carmo discuten, es una conversación tensa, llena de recriminaciones. Yo me morí de risa cuando le tiran encima la lluvia de basura a la Reina, en el primer capítulo, dice la nueva clienta y, sin detener lo que sus manos están haciendo, Angie tuerce la boca: quién, por dios, cómo hay gente que la pasa bien cuando están humillando a otro. Vienen los comerciales y Angie, rápida, aprovecha para sonsacarle a la mujer lo que puede. Vivía en Huaral —costeña, desplazada no es—, se vino con sus dos niños, hombrecito y mujercita, porque el marido consiguió trabajo en una de las fábricas —no está separada, en eso se equivocó—, y Melgar Alto es bien barato. No, que no sabía que los de Melgar Bajo fueran, ¿cómo dices?, *desplazados*. Sí, contesta Angie,

huyendo se han venido, corriéndose de muertes y bombas —la clienta asiente con la cabeza—, como todito esto estaba vacío, desde la Grimaldi hasta Melgar Alto, la fábrica de AGA nomás estaba, todo descampado y con el basural ahí, al frente, ¿quién iba a reclamar?, nadie, y aquí nomás se quedaron los primeros y después fueron llegando más y más. ¿Tú también te viniste así como dices, huyendo? El reinicio de la telenovela libra a Angie de tener que responder. Arriba en la pantalla María do Carmo conduce un auto lujoso, entra a su mansión y al pie de una escalera de mármol discute con la mala, Laurinha, y como siempre pelean por Edu. De pronto aparece un viejo de cabellera toda blanca: ese Betinho, un amor es, dice la clienta y mira a Angie en busca de aprobación. Yo, la verdad, no la veo, este salón me tiene muy ocupada, contesta Angie mientras su vista recorre lo que hay: cuatro paredes blancas, posters de sus artistas favoritas —Angelina Jolie, Lucía Mendez, Verónica Castro, todas tan lindas y con peinados perfectos—, tres espejos verticales, sobre cada uno el letrero que indica el tipo de tratamiento —corte, peinado, tintura—, frente a ellos tres sillones de cuerina roja y funda de plástico transparente, bien brillante. Si hubiera cedido, uy, verdes serían las paredes, pero no, se opuso cuando discutieron la decoración: ¿así como en tus pueblos de la sierra?, no, no Milu, blanco queda más elegante, más moderno. La casa la puso Miluska —ya tenía seis meses viviendo ahí cuando se conocieron— y ella el capital; todita la plata que había reunido cuando vendió a la loca las cosas de su salón en Tarapoto. *Orlando*, el nombre también lo puso ella, porque algún día voy a ir hasta allá, dijo a Miluska, en Estados Unidos, ahí queda Disneylandia y no sé cuántos otros parques de diversión más. No te rías, ya vas a ver.

Una nueva tanda de comerciales y Angie arremete de nuevo con el interrogatorio. Una casita dividida en dos, tenemos la parte de atrás, contesta la clienta a la curiosidad de Angie; los muebles todavía no hemos podido traerlos, así que estamos así nomás, medio improvisados. Esa casa —Angie busca las demás cosas que necesita para el teñido—, bien distinta a las de Melgar bajo debe ser, a todas esas

construcciones chatas y de ventanas pequeñas, oscuras, con paredes celestes o verdes; porque igualito que en la sierra viven, hasta cuyes tienen dentro. Y las fotos, en todas las salas esas fotos que en su mayoría deben haber sido para el carnet de la escuela, de la universidad, para la Libreta Electoral, la Militar. Hombres jóvenes que miran de frente, bien peinados con raya, serios, la expresión de espera y casi de susto, algunos con saco y corbata. En todas las casas los muertitos de las familias de Melgar —*desaparecidos* dicen las mujeres más jóvenes, las más atentas a las noticias o a irse a alguna marcha en el centro de Lima—, fotos colgadas en alto sobre la pared, parecidas a las de matrimonio pero sin la mujer al lado, o instaladas sobre un aparador, dentro de una vitrina, la roja velita Misionera al frente. O sobre el pecho de alguna anciana, retratos prendidos con un imperdible del chal, de la manta. En blanco y negro los hijos y los maridos. Fotos así no debía haber en la casa de la clienta. Angie vuelve a mirar sus paredes blancas, los posters, la imagen de Lucha Reyes sacada de una revista y embutida en ese marco de volutas brillantes que le costó tanto conseguir, digno de una santa, un marco a la altura de la Negra de Oro. Pero fotos en blanco y negro, como las de Melgar, de esas no quiso. ¿De quién pondría? Su padre y su madre estaban allá, en Tarapoto, vivos gracias a dios. Su hermano —se le sale un suspiro—, ese también. De Paulette, de ella podría haber puesto (Paulette: *inútil es decir que te he olvidado*, así como canta la Negra), pero no sería una foto borrosa, triste, con los ojos saltones y, sobre todo, sin color. De los paseos a Lamas sería. De alguna de las fiestas que hacían entre ellas, en su salón o en el de Paulette. De la vez en que, luego del concurso de Misses en Las Orquídeas, con dos amigas más hasta el Cumbaza se fueron y en la orilla, sobre una bandera multicolor, ahí tiradas sacándose fotos con coronas y trajes de baño. Borrachas, felices de ser vistas, de saberse bonitas.

La clienta se lamenta, un flash de Panamericana Noticias interrumpe lo que sea que está pasando entre María, Edu y Laurinha. En la pantalla una imagen imprecisa, la hoz y el martillo de fuego, un

cerro iluminado a lo lejos. Bien cobardes los periodistas, dice Angie, si se hubieran venido hasta aquí, clarito que les salía el cerro con todas sus luces. Es lo que pasó anoche, ¿no?, pregunta la clienta. Angie la mira arrugando las cejas: ¿acaso no lo viste? No, contesta la otra ruborizándose, se me hizo tarde en el trabajo y con el apagón tuve que dormir en casa de..., de mi prima —la boca de Angie se encoge reprimiendo una mueca socarrona: ah, donde la prima, repite en silencio—, no me enteré de nada sino hasta ahora por la mañana, explica la mujer atropellándose con las palabras. En Melgar Alto todo el mundo habla de eso, continúa de largo, pero cuando bajé hasta aquí, nadie decía nada, todo parecía tranquilo. ¡Ja! exclama Angie: todo tranquilo.

Elementos subversivos de Sendero Luminoso interrumpieron el fluido eléctrico en Lima al derribar cinco torres de alta tensión a la altura de Chalhuanca. Los sediciosos iluminaron varios cerros de la ciudad con la hoz y el martillo. Las tres mujeres y el muchacho —ya está rapado por completo—, en silencio atienden a la insipidez de la voz de la locutora.

—Ese no es nuestro cerro —dice Angie señalando la pantalla—. Ahora hasta te compraste el cerro —contesta Miluska.

—¿Es verdad que anoche entró la policía? —pregunta la mujer mirándolas con susto—. ¿Se llevaron a alguien?

Miluska y Angie se miran fijo por un instante. El muchacho bien quieto en su sillón, las observa.

—Pásame la secadora para terminar con el joven —le dice Miluska a Angie.

Angie causa revuelo mientras busca la secadora que, las dos saben, está en el lugar de siempre, en la mesita bajo el espejo con el letrero *tinte*. Con aparente sorpresa da con el aparato y se acerca a donde Miluska a entregárselo. De pasada mira la cabeza del muchacho: cicatrices que asoman entre el cabello cortado al ras, suelen dar un poco de trabajo adicional, los dientes del peine que chocan contra ellas y la tijera, sin la ayuda del peine, cuesta seguir el contorno. Antes de volver a su sitio Angie vuelve a mirar la cabeza gacha del chico: en

el que haya sido su pueblo, una oveja o un ternero perdido y seguro que duro le pegaban. O quien sabe, en alguna incursión, castigo de los terroristas, de los militares.

—Escuché que los policías entraron a las casas por aquí —insiste la clienta.

—Nosotras ni los sentimos —la ataja Miluska con brusquedad y enciende la secadora que, vieja, hace un ruido estrepitoso. Con movimientos bruscos de la muñeca, dirige el aire para botar el pelo cortado hasta el suelo.

El reinicio de la telenovela acapara la atención de la clienta. Angie siente el cuerpo tenso, las piernas agarrotadas: si a esta ya le tienen que haber contado cómo son las cosas en Melgar, qué tanto pregunta entonces. Cada vez que hay *atentado*, ahí nomás aparecen los policías o el Ejército, los marinos a veces, hasta el fondo de las casas se meten buscando culpables. *Zona roja, barriada de terroristas*, así dicen, que pura familia de terruco vive en Melgar, que seguro los esconden para hacerlos escapar. Todos convencidos de eso, policías, militares, periodistas. Por eso Miluska insiste en que no hay que confiar en nadie, en la gente nueva, como la clienta esta por ejemplo, sabe dios quién será. La mujer dice algo sobre la telenovela, echa al aire comentarios a ver si Angie engancha, pero ella se hace la que busca algo en los cajones. Si sabe dónde han metido el táper con los rulos, pregunta en voz alta. Miluska se encoge de hombros: yo que sé, responde de mala gana. Angie voltea a mirarla: pobrecita, cagada de sueño debe estar, la noche entera allá arriba en la azotea. La policía, por todo Melgar bajo dio vueltas anoche, pero más del otro lado de Progreso, hacia el paradero de la 45 y las fábricas. Algún dato que deben haber recibido, porque siempre hay datos, los de algún soplón o los sacados a golpes.

El chico se pone de pie, la cabeza bien rapada y sus dedos que buscan una y otra vez sobre ella, si acaso revisará que esté todo parejo, o quién sabe, la esperanza de que las cicatrices, esas huellas de sabe dios qué cosas, hayan desaparecido así, como por magia. Desganado,

el chico saca dos monedas de cincuenta; alzar las cejas le basta para despedirse de Miluska. Ten cuidado por donde te metes, alcanza a gritarle Angie. Chicos así como ese, por andar en la calle nomás los pesca la policía. Tempranito, ella había ido por el pan, entre susurros escuchó sobre los de ayer. Porque después de noches así —órdenes a gritos, rastrilladas de rifles, súplicas y puteadas, niños llorando y botas contra las puertas—, a la mañana siguiente nadie habla en voz alta. Ni frente a los periódicos siquiera, nada, calladitos todos mirando los titulares; ni del fútbol se habla. Apenas si algo conversó con la señora Edelmira, la vieja acurrucada en la oscuridad de su quiosco y los ojos saltones por el susto, por su hijo, claro, porque ese debe seguir metido o al menos ayuda: qué vamos a hacer, señorita Angie, a preguntarle vienen unos hombres, de civil vienen, le preguntan y le preguntan y él algo les tiene que decir y después, corrido de todos anda. En la cola de la panadería, ahí se enteró: un par de muchachos, a la tolva de la camioneta los treparon a patadas porque andaban sin Libreta Electoral. Pero en Melgar, ¿quién carajo tiene la Libreta entera y con todos los sellos? Casi todos han llegado de provincia así, sin documentos: los senderos nos ven con libreta, matan, los militares buscan nombre en libreta, si es del que quieren, matan, así le había contado Edelmira una vez. Miluska, ella tampoco tiene Libreta: después de romperla en pedazos la había tirado al Mantaro, o al menos así le dijo a ella.

Angie encuentra el táper con los rúleros y los boletos de la 45: ella no gasta en papelitos para el ondulado, esos que venden junto con los fijadores; una amiga le enseñó a ondular con boletos de micro y, desde entonces, ahorra. Sus manos enrollan las hebras de cabello con los papelitos y los rúleros, trabaja con precisión, hasta con cariño lo hace: disfruta su oficio. El lado derecho de la cabeza de la clienta se va llenando de rúleros celestes, amarillos, rosados: sería bonito que todos fueran de un mismo color, más profesional se vería, pero así le han ido quedando, restos de paquetes distintos; compra los más baratos y luego de un tiempo se rompen o se deforman, así que no le queda sino rejuntar y usar los que sobreviven.

Sin desatender los rulos, Angie mira a Miluska que barre el pelo caído sobre el piso.

—Esta vez vas tú —dice alargando la *u* final de tal manera que parece el inicio de un canto.

—Ya dije que no —la voz de Miluska gruesa y redonda, sin inflexiones ni adornos.

Angie, tendrá que hacerlo de nuevo, una vez más frente al Chepenano. Obligada a darle la mano y hasta un beso en la mejilla, y el aliento que se enroscará como el vaho apestoso que día y noche sube desde la quemazón del otro lado del río —ese tufo, ese aliento de Melgar que se pegotea a ropas y pieles y que nadie puede quitarse de encima—, así también, el olor del Chepenano, el olor de Melgar, la asquea.